

LOS LIBROS

CICERÓN, por *Alejandro Vicuña P.*

A estas horas, los aficionados a los estudios clásicos deben estar de plácemes: hay todavía quien recuerde a Grecia y Roma, quien se interese en su historia, artes y letras y quiera participar al público de sus opiniones. Un refinado poeta nos narraba no ha mucho las peripecias de un viaje por la Hélade inmortal; hoy es un muy culto sacerdote quien nos traza en unas doscientas cincuenta páginas la biografía de Cicerón, cumbre de la literatura y el pensamiento latinos y postrer adalid de la república romana. Quizás esta vez sea la primera en que trabajos de esta índole los emprendan escritores chilenos. Y es muy de desear que, abierta así la vía, sean muchos los que se lancen a seguir por tal camino en que, aun a falta de novedades, se tienen siempre la grata contemplación de un glorioso pasado y las útiles lecciones de la experiencia.

De interés es el tema que trata el señor Vicuña. Lo que al respecto se ha escrito llenaría ya una biblioteca, y seguramente seguirá inspirando juicios, comentarios y estudios a las generaciones por venir. Es que por raro caso, en Cicerón se aúnan el insigne estadista, el agudo pensador, máximo artífice de las letras latinas y su orador supremo, fundido todo ello en la más amable, compleja y humana personalidad. Agréguese que el autor de las «*Catilinarias*» vivió en uno de los períodos más decisivos y trascendentales de la civilización antigua, en los mo-

mentos en que un nuevo credo religioso iba a trastornar desde su base aquella cultura.

El señor Vicuña, viniendo después de millares de críticos a darnos su impresión acerca del Padre de la Patria Romana, no ha intentado en su libro hacer obra de novedad y erudición sino poner al alcance de todo el mundo una somera vida del genial orador. Para ello ha tenido que esbozar la historia política de aquel tumultuoso y trágico período. Lo ha hecho en estilo sencillo, breve, castizo, con acá y allá ciertos chispazos de elocuencia, aunque evitando toda fraseología, que en este caso hubiera sido explicable y, lo que aun es más meritorio, omitiendo todo vano aparato de una erudición que le hubiera sido fácil aparentar. La índole del tema escogido por el señor Vicuña hace que en él política e historia tengan parte predominante; Cicerón es nada más que un testigo, por cierto uno de los más abonados y considerables, en aquel gran proceso histórico. De modo que al juzgar este libro hay que atender en especial a su valor histórico y político, a la exactitud y corrección de los juicios que los sucesos y los actos de Cicerón merecen a su biógrafo.

En este punto debe reconocerse que desde hace más de un siglo las grandes figuras de la antigüedad pasan por una mala hora: sopla en la atmósfera crítica un vendaval de iconoclastismo que azota y derriba los más sólidos monumentos, las más consagradas figuras. Homero y Platón y Virgilio, Aristóteles y Tácito ven discutidos y negados sus más claros títulos a la inmortalidad. No ha escapado a este sino el gran orador de Roma; al contrario, sobre él se ha descargado más implacable que sobre ningún otro el martillo de la crítica erudita, empeñada en demoler al político, al orador, al filósofo y al primer prosista latino. La crítica alemana, sobre todo, con Mommsen a la cabeza, se ha esforzado en derrumbarlo de su milenario pedestal, movido por razones políticas que todo el mundo conoce.

El señor Vicuña sigue esta corriente y no vacila en disparar también su piedra a la estatua de Cicerón. Casi podría decirse

que su libro es una tremenda requisitoria en contra del orador romano. La vida privada y pública de éste le arranca el más franco y cruel vituperio; página tras página, insultos, malévolas alusiones y despectivos epítetos se amontonan en onda formidable que ha de aplastarse sobre su víctima. Para su biógrafo, Cicerón es «hombre de pobrísimas condiciones de carácter» (p. 23) y su vida política «una serie de cobardías y oportunistas» (p. 30) de «prevaricaciones políticas», (p. 31); había en él un lacayo, un sirviente incondicional de los poderosos» (p. 33). En su vida familiar, al casarse, muéstrase Cicerón «frío calculador» (p. 45), porque «ese hombre no había nacido para el amor» (p. 24). (¿Cómo lo habrá sabido el señor Vicuña?). Más allá nos pinta a su víctima como «un funcionario arrastrado», (p. 46) «un gran vanidoso» (p. 51) a quien «le faltó el sentido del humorismo», «arribista por temperamento» (p. 56) «de menguado carácter», (p. 130). Nos habla el autor (p. 137) de «la ruindad moral» de su biografiado; y agrega (p. 185) que era «un bufón político», y «un viejo mesiánico», (p. 206). Hay que repetirlo, es a Cicerón a quien se refiere todo esto y son sólo algunos de los ultrajes directos y categóricos que el señor Vicuña le dirige. Pero no son los únicos; él discurre una manera más sutil y encubierta de todavía socavar esa fama: las alusiones ofensivas, las preguntas insidiosas, los comentarios hirientes que el lector desprevenido suele coger sin desconfianza y que van formándole una desfavorable impresión del personaje. Sí, por ejemplo, Cicerón logra la absolución de algunos reos clientes suyos, (p. ...) es un mal funcionario «que no respeta los principios de la vindicta pública». Ha de entenderse que dicha vindicta requiere la condenación de todo acusado... Pocas páginas después se le moteja por haberse gloriado de descubrir la tumba de Arquímedes. Más lejos (p. 137) recordando el fracaso de la defensa de Gabinio, se hace esta inocente pregunta: «¿Integridad del juez o inadecuada defensa del abogado? Bien comprendería Cicerón que una mala defensa equivale a una buena acusación». Para el señor Vicuña no puede,

pues, un abogado perder un pleito si no es por traición a su cliente o porque no logró sobornar al magistrado. ¿Se divisa la consecuencia de todo esto?

El conjunto de estos rasgos ciceronianos compondría una personalidad vil y repugnante, pero a lo menos habría en ella el mérito de la unidad y coherencia. Mas el señor Vicuña no entiende así el carácter de su protagonista, y a raíz del sombrío retrato que precede, nos muestra en cada página y a veces en el mismo párrafo, un Cicerón totalmente diverso del anterior y que es su radical antítesis: ya no hay hombre con más nobles y exaltadas cualidades que el supino orador. De nuevo órganos a su biógrafo. «La historia debe anotar ese rasgo de la juventud de Marco Tulio, (la defensa de Roscio), como una honrosa excepción en la serie de cobardías y oportunismos», (p. 30). «Cicerón debió pronunciarse incidentalmente contra la medida de Sila o quizás, sin necesidad alguna se propuso hacerlo, movido *ciertamente* por esa inquietud y amor que anidan en el espíritu de la juventud», (p. 32). En la misma página leemos «de los ímpetus libertarios y democráticos del talentoso abogado». El autor nos recuerda (p. 33), «el impetuoso discurso donde atacó la ley de Sila que privaba a varias ciudades del derecho de ciudadanía romana»... y en la pág. 37 nos habla del «jurisconsulto escrupuloso». Todavía un paso, y hallamos la más clamorosa palinodia (p. 46): «La honestidad en el manejo de los fondos y su incorruptibilidad ante los halagos del dinero hicieron del Cuestor un modelo de funcionario en una época en que la corrección moral no era distintivo de los servidores de la República... Por tal motivo la escrupulosidad de Cicerón en el manejo de los fondos fiscales constituye un hecho digno de alabanza». En la misma página leemos del «correcto funcionario que se aprestó para regresar a Roma». Algo después expresa el autor que Verres, a quien ataca Cicerón, «era el más corrompido y execrable ciudadano de Roma», (p. 52). ¿Fué de un ciudadano vulgar, sin carácter ni moral, ni patriotismo el buscar y conseguir la condenación de Verres?

El propio señor Vicuña lo confiesa más lejos, (p. 56): «Más que todo el amor a la justicia y horror por las iniquidades de Verres decidieron a Cicerón a aceptar la demanda de los sicilianos... Mucha independencencia de carácter necesitó el acusador». «Verres pertenecía al partido aristocrático»... sin embargo, fué perseguido por ese mismo Cicerón «lacayo y sirviente de los nobles romanos». «El defendería a los oprimidos contra los poderosos», cosa muy natural en «un tímido y arrastrado», y ello «porque sobre todas las cosas estaba la salvación de la República», (p. 57) consideración harto inexplicable en un funcionario de menguado carácter, en un bufón político de la ruindad moral que se nos describe. Reconoce el señor Vicuña que en la acusación contra Verres «había una cuestión del más alto interés patriótico», (p. 59) y que castigar al prevaricador «era hacer obra de justicia, de moralidad y de imprescindible política». ¿Ven mis lectores dónde había ido a albergarse el sentimiento de la moralidad y justicia? ¿Ese mismo cliente y pensionado de los aristócratas romanos estatuye que los jueces podrán sacarse de la orden de los caballeros, despojando así de tal privilegio a la clase noble!... ¿Bastan estas contradicciones? Todavía no. Porque he ahí que en la lucha del Senado contra los tribunos (p. 62), Cicerón «se inclina a la clase popular», siempre contra el interés de los que lo tenían a sueldo... Y he ahí que el gran orador llega al Consulado «después de haber recorrido con honradez y competencia excepcionales los grados inferiores de la administración,» (p. 67), y una vez cónsul, continúa «desarrollando su plan para robustecer el poder público amenazado por las embestidas de conspiradores y demagogos», (p. 69). Deja testimonio poco después el señor Vicuña (p. 73) «de la ecuanimidad ordinaria de Cicerón». De ese hombre cobarde, sin carácter, vanidoso y bufo, admira el autor (p. 78) «la actividad increíble desplegada por ese hombre extraordinario que orienta con su palabra a la opinión pública y prepara al mismo tiempo los planes de ataque al enemigo y defensa de la sociedad», y reconoce que «tales hombres sabrán

luchar como grandes ciudadanos de una República», (p. 50). Es que hubo «energía y prudencia» en Cicerón (p. 87) y por eso lo proclama «el más grande de los romanos», (p. 88). La actitud de Cicerón ante Antonio, preludio de las formidables «Filípicas», arranca al crítico una postrera confesión (p. 202): «El día dos, dice, acudió (Cicerón) a la Asamblea, pero no para obedecer las órdenes de Antonio sino para encararse resueltamente con él».

¿No cree el señor Vicuña que hubo un tantico de coraje y de patriotismo en así desafiar al jefe omnipotente, y a sabiendas de que con ello se jugaba la vida?

Como se ve, en estos juicios del señor Vicuña acerca de un mismo personaje resalta en último análisis una profunda y flagrante contradicción, y tal, que de ser histórico y verdadero uno de esos personajes, el otro resulta por el mismo hecho irreal y falso. Ningún modo de eludir el dilema. En efecto, el Cicerón que don Alejandro Vicuña nos pinta es psicológica e históricamente un imposible; hay en él una contraposición de atributos como jamás se vió en mortal alguno, y que nos trae a la memoria aquel «monstruo incomprensible» que describiera Pascal. Este Cicerón que, ora planea en las alturas, ora se hunde en las simas, jamás existió, no es el que conocieron y escucharon Augusto, Julio César o Salustio. César mismo, supremo conocedor de hombres, ¿habría desplegado todo su ingenio y poderosa fascinación para captarse al vil personaje que el señor Vicuña nos pone ante la vista? ¿Pero si ya los propios elogios que el biógrafo tributa al magno orador anulan los cargos y ultrajes que le endereza! No: «el más grande de los romanos» no fué, no pudo ser un lacayo, un bufón, prevaricador, a sueldo de los patricios, y cobarde por añadidura. Hay un monumental error de psicología al juzgarlo en estos términos que se excluyen y con olvido de las trágicas circunstancias en que le tocó actuar. En su larga carrera oficial encontróse el orador frente a tres grandes crisis de la República en derrumbe: ante Gila, ante Catilina y ante la tiranía de Marco Antonio y César. En esos tres momentos de su vida Cicerón,

respaldado por el Senado, (testigo presencial y a quien, sin embargo, poco toma en cuenta el biógrafo), defendió, valerosa y triunfalmente, la más noble causa, la del derecho, la del respeto a las leyes y la moral, columnas sustentadoras de la patria; desplegó en ellos todo el genio, energía y ardimiento requeridos por el orden y la justicia, arriesgando en toda ocasión la propia vida en cumplimiento de lo que él estimaba su deber de romano. Y si en el último caso, frente a César y Antonio, dictadores omnímodos, fallaron su tino de estadista y su conocimiento de los hombres, injusto e infundado es buscar la causa del fracaso en miserias y cobardías del gran ciudadano, en vez de explicarlo por la inaudita corrupción política y social de los tiempos, por la falta de escrúpulos de sus adversarios, por la suprema habilidad de César, el primer hombre político del mundo antiguo, y finalmente porque llegada para Roma la hora del derrumbe, no podía ya aplicársele el verso grandioso: «*Moribus antiquis res stat romana virisque*». Que en plena omnipotencia de Antonio un hombre se haya atrevido a invocar públicamente las glorias y prestigio del pasado, haya desafiado al triunviro y lo haya requerido para que devolviera las libertades conculcadas y en la más fulminante oratoria de todos los tiempos lo haya infamado por la eternidad, basta para hacer de aquel ciudadano, de Cicerón, que sacrificaba su vida en aras de la patria, la más radiosa y excelsa figura de la historia romana, cumbre de sus letras y política y filosofía. ¿Habríamos, si no, de condenar la causa del derecho cuando la fuerza le impide triunfar?

Que en Cicerón, como en Demóstenes, el hombre físico, diremos, la audacia, la inescrupulosa corrupción y la antipatriótica y arrolladora ambición de un César impidiesen a Cicerón salvar a Roma en aquellos días de caos, no es un descrédito para el orador latino, como no lo es para Demóstenes haber huído en Queronea. Ambos libraron la batalla de la libertad y del derecho, intervinieron en ella; mas no puede exigírsele a nadie. Y

sólo resta repetir la palabra sublime del orador ateniense: «Lo demás está en manos de los dioses».

Este, el enamorado de las grandezas de la República, su defensor entusiasta hasta el sacrificio, éste es el verdadero Cicerón, el que con rara unanimidad celebra toda la historia contemporánea de aquel período. Por lo demás, éste es también el que resulta de la propia exposición del señor Vicuña. Hay en su libro una característica notoria para todos sus lectores: mientras todos esos denigrantes epítetos que he transcrito—bufón, lacayo, arrastrado, arribista y menguado, etc.—no descansan en ningún hecho concreto que los justifique, todos los encomios del señor Vicuña fluyen de obvios e indiscutibles sucesos históricos, son, puede afirmarse, la fórmula y síntesis de esos mismos hechos y actitudes. Es que mientras allá hablaban la imaginación y prejuicios del autor, aquí la justicia y la verdad se han impuesto al criterio del biógrafo.

Empero, aun esta verdad no aparece plena y totalmente dicha. El elogio del señor Vicuña recae sobre un aspecto de Cicerón, sobre el estadista, y no es lo suficientemente explícito acerca del escritor y el pensador, del gran maestro de la prosa latina. Verdad es que en estas páginas aparecen nombradas varias de las obras sociales, retóricas y especulativas de Cicerón; sólo que no se comenta su extraordinario mérito de forma y de fondo. En este caso tal insistencia era de estricto rigor, porque en el estadista romano todas esas capacidades intelectuales se compenetraron hondamente y se explican las unas por las otras. No fué Cicerón persona a quien pueda juzgársela exclusivamente por sus actitudes políticas: su pensamiento especulativo reaccionó poderosamente sobre sus conceptos e iniciativas cívicas. Y, por fin, ¿es acaso mediocre mérito en la personalidad de un individuo haber elaborado insuperables modelos de su idioma, haber marcado rumbos nuevos al espíritu romano y haber importado al Lacio las sabidurías y sistemas helenos? ¿Y presumirá alguien de cono-

cer a fondo a Cicerón sólo por saber que liquidó a Catilina y Verres y desafió las iras y venganzas de Marco Antonio?

Para corregir y perfeccionar esta engañosa e infiel semblanza y ofrecer de Cicerón un retrato auténtico hay que estudiarlo en su vida pública dentro de la sociedad en que actuó, en medio de los intereses, codicias e intrigas dominantes a la sazón, y aun más ampliamente en la vida espiritual y especulativa de la Roma de César. Labor del historiador político, a la vez que del crítico en su más amplio sentido.

Así aprecia el valer y condiciones peculiares de Cicerón como político uno de sus más recientes historiadores, y sus palabras son la suma del buen juicio, la penetración y la imparcialidad:

«Una vez perdido por el Senado el resto de su poder, nada
« podía impedir la monarquía; no quedaba ya más que una lu-
« cha por el trono. Que la adhesión de Cicerón al partido de los
« nobles y sus empeños para robustecerlo por una alianza con la
« orden de los caballeros no salvó a la República, no basta para
« tildarlo de desatinado o de veleta. La época de salvar a la Re-
« pública ya había pasado; pero no era para un republicano pa-
« triota el reconocer en aquel momento esta verdad o para con-
« desesperación abandonar la lucha. Indudablemente él pade-
« ció de indecisión, pero esta fué debida en parte a su capacidad
« para contemplar los dos lados de una cuestión y en parte al
« hecho de que su propósito era el bienestar de la República
« romana, y no su propio encumbramiento al poder despótico.
« No siempre quedó manifiesto por cuál de dos o más vías había
« mayores posibilidades de lograr el bien de la República; y un
« patriota honesto bien puede contemporizar mucho en la es-
« peranza de ganar más». (Meitland, the roman republic, tomo
III, p.70)

Si esto puede alegarse en pro del hombre político, aun más amplias y justicieras y definitivas son las siguientes palabras de un eximio crítico, que engloban a Cicerón en sus múltiples actividades. Dice M. Clovis Lamarre en su «Histoire de la Littera-

ture Latine (vol. III, p. 188) « Todos estos yerros de Cicerón no
« los disimulo. Mas al censurarlos no puedo menos que pensar
« cuán difícil y a la vez cuán gloriosa debiera aparecernos la si-
« tuación de este hombre que por toda arma no tiene más que su
« palabra para combatir a una multitud de ambiciosos rodeados
« de legiones de su amaño; que se ve obligado a apoyarse ya en el
« uno, ya en el otro para defender la causa legítima; que siempre
« fiel a la República, en el tiempo mismo de la dictadura, no
« desespera de atraer al Dictador a la idea de reconstituir un
« gobierno liberal; y que, si hasta el fin se entrega a sus ilusiones,
« no obedece jamás en esta ceguera sino al más ardoroso, al más
« puro patriotismo, logra reanimar el entusiasmo en un pueblo
« degenerado y le hace aclamar todavía una vez, en el Foro,
« esa palabra de libertad que jamás volverá a resonar ahí des-
« pués de él».

Este Cicerón es el que no nos muestra debidamente el libro de don Alejandro Vicuña.—LEO PAR. Mayo 20 de 1935.



UN LIBRO DE AGUILERA MALTA. «Canal Zone», novela.—Editorial Ercilla. Colección América.

Aspero y galopante este libro de las tierras conquistadas, áspero y galopante como la vida siempre fustigada y torva del chombo. «Canal Zone» es exactamente eso: la interpretación del nativo y de su existencia en las desgraciadas orillas del Canal. Aunque escrito por un ecuatoriano, sangra el libro la íntima tragedia del istmo, cuyo tajo dominador y ciego como el destino infunde el presente y el mañana panameños, con la imponencia fría y cruel de una bárbara divinidad. En efecto, a la luz de las páginas de «Canal Zone», la conquista yanqui estructurada en el cemento armado del Canal, simboliza para el nativo el advenimiento del dios malo, del Moloch insaciable,